



# CRECED

en la gracia y el conocimiento de nuestro  
Señor y Salvador Jesucristo. 2 Pedro 3:18

[www.creced.ch](http://www.creced.ch)

noviembre/diciembre 2021

## Índice n° 6/2021

- |    |   |                         |
|----|---|-------------------------|
| 2  | La unidad: ¿Qué es? y ¿la estoy confesando? | <i>C.H. Mackintosh</i>  |
| 7  | El pecado y los pecados                     | <i>F.B. Hole</i>        |
| 13 | El rebaño del Señor                         | <i>La Buena Semilla</i> |
| 14 | No desmayar                                 | <i>E.A. Bremicker</i>   |

La revista CRECED tiene como meta la edificación y la enseñanza de los que, por gracia, pertenecen a Cristo. Se funda en la soberana autoridad de las Sagradas Escrituras, la Palabra de Dios, la cual “es inspirada por Dios, y útil para enseñar, para redargüir, para corregir, para instruir en justicia, a fin de que el hombre de Dios sea perfecto, enteramente preparado para toda buena obra”. 2 Timoteo 3:16–17

Le recomendamos encarecidamente que tenga siempre a mano su Biblia para buscar en ella todas las citas indicadas en esta revista. Haciéndolo así, usted sacará mayor provecho de su lectura y podrá comprobar con la Palabra, única fuente de Verdad, la enseñanza dispensada. Seamos como los creyentes de Berea, los cuales “recibieron la palabra con toda solicitud, escudriñando cada día las Escrituras para ver si estas cosas eran así”. Hechos 17:11

## La unidad: ¿Qué es? y ¿la estoy confesando?

---

(Viene de la página 6 del n° 5.2021)

### Josías (2 Crónicas 34 y 35)

En este pasaje encontraremos una ilustración sorprendente de este mismo principio tan poderoso. Josías, al igual que Ezequías y Elías, reconoció la unidad de las doce tribus y actuó de acuerdo con esta verdad en contraste con la condición más deprimente y humillante en que estaban las cosas. Actuó según la verdad inmutable de Dios, y no según el estado práctico del pueblo de Dios. Él llevó todas sus reformas a cada una de las ciudades **que pertenecían a Israel**. Al comienzo de ese maravilloso día, él ordenó a los levitas que sirvieran a Dios, y no a su pueblo **Judá**, sino a “su pueblo **Israel**” (35:3). Él sólo puede hablar y obrar considerando la nación conforme a la mente revelada de Dios, y no de acuerdo con su condición práctica. Es el altar de doce piedras una vez más. Es “por **todo Israel**... el holocausto y la expiación” (29:24). Son las doce tortas sobre la mesa de oro, bajo la luz de las siete lámparas de oro. Es el Israel de Dios bajo la mirada de la fe.

No obstante, Josías estaba en el punto más vulnerable; la nación se encontraba en la víspera de su disolución; Nabucodonosor estaba casi a las puertas; pero no importaba. Todo estaba a punto de desmoronarse; tampoco importaba, pues la fe no se iba a desmoronar. Josías en espíritu, y en principio, regresó a la mesa de oro, el único lugar al que podía llegar la fe. Que sepamos guardar en nuestro corazón esta preciosa verdad, que nuestras almas sean avivadas y que nos sea dado el vigor necesario para toda nuestra carrera práctica.

El estudio de estas escenas históricas de las Escrituras del Antiguo Testamento lleva al alma a un contacto personal y vivo con la verdad de Dios y a la conciencia bajo la luz y la autoridad de las Sagradas Escrituras.

Ahora bien, esto último fue lo que hizo Josías. Habiendo sentido en su propia alma la poderosa acción de la Palabra de Dios, trató de poner a sus hermanos bajo la misma poderosa influencia (véase 34:29-30). ¿Y cuál fue el resultado? Que ni desde los días de Samuel el profeta ni desde el reinado del rey Salomón, aquellos períodos brillantes y espléndidos, nunca fue celebrada una pascua tal como la que se hizo en tiempos del rey Josías al final de la historia de la nación. ¿Qué significa esto? Es

la respuesta de Dios a la fe de su siervo. Josías tomó su posición por medio de la fe en Dios, y Dios respondió a la fe. Tal pascua no había sido celebrada en todos los días de los reyes. ¡Pensemos en esto! Hubo todas las glorias en el reinado de Salomón, y todas las victorias en el reinado de David, pero está el testimonio del Espíritu Santo de que nunca hubo pascua tal como la que se celebró en el reinado de Josías. Y como se puede ver, el mismo hecho de las circunstancias en las que él se encontraba, arrojó un halo alrededor de su fe, y Dios fue más glorificado por Josías al asumir esa posición que por todo el oro y la plata que fluyeron hacia el tesoro de Salomón.

## Daniel

Los casos a los que ya hemos hecho referencia proceden del período **anterior** al cautiverio. Ahora llegamos a una instancia que corresponde **al tiempo** del cautiverio. En el sexto capítulo del libro de Daniel, tenemos otra sección en la historia de la fe. Este capítulo abre ante todos nosotros el mismo gran principio. Aquí vemos un exiliado, un cautivo de los hijos de Judá, en las circunstancias más deprimentes y humillantes. La gloria y el poder se habían apartado de Israel. Los actos judiciales y los tratos gubernamentales de Dios habían surtido

efecto sobre ellos. Todos fueron separados y llevados cautivos; la ciudad quedó en ruinas; ¡todo se había ido!

Pero ni la Palabra de Dios, ni Su verdad ni Su fidelidad estaban en ruinas. Por eso, tampoco la fe del pueblo de Dios estaba en ruina. Esta última brilla con peculiar lustre en la vida de ese notable exiliado, Daniel. De hecho, a juzgar por su historia, parecería que cuanto más profunda era la penumbra que envolvía a la nación en su conjunto, más brillantes eran los destellos de la fe individual.

Así fue durante el cautiverio babilónico. Aunque los cautivos tuvieron que colgar sus arpas sobre los sauces (Salmo 137:2), aunque traspasada era la gloria de Israel, aunque los utensilios de la casa de Dios estuvieran en la casa de un dios falso, aunque todo era lo más deprimente y opresivo que podía ser; sin embargo, la fe de Daniel se elevó majestuosamente por encima de la penumbra circundante y se aferró a la verdad eterna e inmutable de Dios; y no sólo se apropió de ella, sino que la puso en práctica. Abrió las ventanas de su cámara y oraba hacia Jerusalén (Daniel 6:10). ¿Por qué hizo esto? ¿Por qué orar hacia Jerusalén? ¿Era esta una idea propia o era el fruto de algún gran principio divino? Indudablemente esto último, como podemos notar al echar un vistazo

en 2 Crónicas 6:36-38. Estas palabras anticipan la posición en la que se encontraba Daniel y prescriben la forma en la que se debía actuar: “Si se convirtieren a ti de todo su corazón y de toda su alma en la tierra de su cautividad, donde los hubieren llevado cautivos, y **oraren hacia la tierra** que tú diste a sus padres, **hacia la ciudad** que tú elegiste, y **hacia la casa** que he edificado a tu nombre”.

Esta fue la base sobre la que actuó Daniel en Babilonia en los días de Darío; esta era su autoridad. La fe siempre busca y encuentra una garantía para su acción en la Palabra de Dios. Es un momento de suma importancia. Si Daniel no hubiera hallado un respaldo de parte de Dios sobre el cual podía orar hacia Jerusalén, su conducta habría sido absurda en extremo. Hubiera sido el colmo de la locura precipitarse al foso de los leones simplemente para defender alguna creencia propia. Pero, por otro lado, si había un principio divino involucrado, entonces su conducta era la que podemos llamar perfectamente, «la adecuada». De hecho, es como “por todo Israel... el holocausto y la expiación” (2 Crónicas 29:24); una vez más como lo era el altar de doce piedras; las doce tortas en la mesa de oro; era poseer el fundamento de Dios y estar en Su terreno, a pesar de la ruina desesperada evidente en la

dispensación y la profunda tristeza moral que se cernía sobre el horizonte de la nación. La fe actúa teniendo como base la verdad de Dios, sean las circunstancias externas que sean; y Dios siempre honra esta fe y le permite recoger una preciada cosecha en medio de las circunstancias más lúgubres y humillantes.

Entonces vemos que Daniel simplemente siguió el ejemplo de hombres de otros tiempos como Josías, Ezequías y Elías. Ocupó el mismo terreno que aquellos varones de Dios los cuales, frente a las terribles dificultades, habían sostenido con mano firme el estandarte de la verdad eterna. Toma su lugar en medio de esa “gran nube de testigos” de la que habla el Espíritu Santo en Hebreos 11, testigos del poder y el valor de la fe en el Dios vivo. Abrió las ventanas y oró hacia Jerusalén, aunque Jerusalén estaba en ruinas; oró hacia el templo, aunque el templo estaba en cenizas. **No miró las cosas que se veían**, sino las que no se veían. Poseía el fundamento de Dios, el centro de reunión de las doce tribus de Israel, aunque ese centro no estaba al alcance de la visión humana, y las doce tribus estaban esparcidas hasta los confines de la tierra. No rebajó el estándar de Dios para adecuarlo a la condición de Israel, sino que lo sostuvo con la mano vigorosa de la fe.

Y ¿cuál fue el resultado? ¡Un triunfo espléndido! Es cierto que tuvo que bajar al foso de los leones (Daniel 6:16); pero volvió a subir. Bajó como testigo y subió como un vencedor. Todos aquellos a quienes Dios hace dignos se levantan luego de haber bajado. Esta es la ley del reino. Daniel bajó al foso; pero no cabe duda de que alguna vez haya vivido una noche más feliz en la tierra que aquella que pasó en ese foso. Él estaba allí para Dios, y Dios estaba allí con él.

Así fue la noche. Pero ¿y en la mañana? ¡Todavía victoria! El monarca más orgulloso de la tierra fue sometido ante el exiliado cautivo. A Daniel se le permitió darse cuenta en su propia persona de la verdad de esa promesa temprana a Israel: “Te pondrá Jehová por cabeza, y no por cola”. Siempre es así. A aquel que actúa teniendo la verdad de Dios como base, independientemente de las circunstancias externas, se le permite saborear la comunión más elevada que se haya conocido o se pueda conocer en los momentos más brillantes de la dispensación.

Este es un principio inmensamente importante, y uno en el que insistiremos fervientemente a ser tenido en cuenta por todos los cristianos. En ocasiones, cuando estamos bajo las devastadoras influencias de la incredulidad, somos

propensos a creer que es imposible disfrutar de los elevados privilegios propios de nuestro llamamiento como cristianos, mirando los fracasos y la ruina en la Iglesia. Este es el miserable error de una incredulidad oscura y deprimente. La fe, en cambio, tiene en cuenta a Dios. Fija su mirada en Su revelación imperecedera e inmutable. Se basa en la fidelidad infalible de Dios y, por lo tanto, disfruta de la comunión con la verdad más elevada que caracteriza a la dispensación en la cual vive.

Daniel demostró esto en su tiempo, y también lo harán todos los que actúen según este mismo gran principio.

Sin duda se le podría haber dicho, como se suele hacer con mucha frecuencia en nuestros días: «Es el colmo de la locura y la presunción; eres un entusiasta visionario al estar orando hacia un lugar que es escenario de desolación; más bien deberías silenciar el mismo nombre con el olvido; deberías correr la cortina del silencio sobre el mismo nombre de Jerusalén; es el mismo escenario de tu ruina y humillación». Pero Daniel estaba en el profundo y precioso secreto de Dios. Hizo suyo el punto de vista divino y lo vio todo desde allí; y de ahí la exactitud de todo su rango de visión, de ahí la firmeza de su camino y el esplendor de su victoria...

Hoy en día se escucha mucho sobre la ausencia de poder en la Iglesia. Se nos dice que no hay poder para esto, ni poder para aquello. Nuestra simple respuesta a todo este tipo de razonamientos es que **no se trata** en absoluto de **poder**, sino de **obediencia**. ¿Había mucho poder en los días de Daniel? Sí había. Estaba el poder de la fe y el poder de la obediencia. No es el poder externo, los dones ostentosos o los milagros asombrosos lo que debería caracterizar a la Iglesia hoy en día, sino ese espíritu de obediencia tranquila, humilde y firme que guía al varón de Dios por la senda angosta de los mandamientos de Dios. En esto se deleita nuestro Dios, y en esto Él concede la dulce garantía de su presencia.

Dios da la certeza de su presencia donde hay fe para creer en su Palabra, donde hay fe para confesar su verdad. No importa cuáles sean las dificultades, no importa cuán grande sea el desaliento, nunca se debe abandonar el fundamento. La fe individual se deleita en el fulgor de la verdad eterna de Dios, a pesar de la ruina y el aparente fracaso del pueblo de Dios.

Este es un principio revestido de gran simplicidad, pero a la vez de la mayor magnitud y de un gran valor práctico.

## Conclusión

Si miramos a nuestro alrededor, si juzgamos por lo que pueden ver nuestros ojos, y sacamos nuestras propias conclusiones en medio de la ruina de la cristiandad, puede parecer una quimera ociosa hablar de la unidad de la Iglesia de Dios. Pero no es así; simplemente miramos a Dios y a su Palabra; creemos lo que Él dice, no porque lo veamos o sintamos, sino porque Él lo dice. Esta es la fe. ¿Por qué creemos en el perdón de los pecados? ¿Por qué creemos en la presencia del Espíritu Santo? ¿Por qué creemos en cualquiera de las grandes verdades fundamentales del cristianismo? Simplemente porque los encontramos en las eternas páginas de inspiración divina. Bien, precisamente sobre la misma base creemos en un Cuerpo y en la unidad indisoluble de la Iglesia de Dios.

“Hay un cuerpo”. No dice: «**Había**» un cuerpo o «**habrá**» un cuerpo. No; él dice: “Hay un cuerpo”. Aquí está nuestra autoridad para creer y confesar esta gloriosa verdad, y para nuestro testimonio práctico contra todo lo que la niega. Debemos tomar un punto de vista verdadero, y entonces toda nuestra perspectiva será la correcta. Es imposible rendir una confesión verdadera sobre la unidad de la Iglesia de Dios mientras estamos

conectados con lo que en la práctica la niega...

¿Están los muchos cuerpos de la Iglesia profesante de acuerdo con el “un cuerpo” de Efesios 4? Claramente no. Entonces es nuestro deber divinamente designado mirar al Señor Jesús y huir de la ruina que nos rodea, para encontrar nuestros recursos en la suficiencia total del nombre de Jesús.

*“Salgamos, pues, a él, fuera del campamento, llevando su vituperio” (Hebreos 13:13).*

*“Sigue la justicia, la fe, el amor y la paz, con los que de corazón limpio invocan al Señor” (2 Timoteo 2:22).*

Adaptado de C.H. Mackintosh

## El pecado y los pecados

---

Hacer una distinción entre “el pecado” y “los pecados” no es ciertamente una tarea inútil. Estas dos nociones están obviamente muy relacionadas, pero hay una diferencia importante entre ellas.

Los dos términos aparecen juntos en el versículo: “Por tanto, como el pecado entró en el mundo

por un hombre, y por el pecado la muerte, así la muerte pasó a todos los hombres, por cuanto todos pecaron” (Romanos 5:12).

“El pecado” entró en el mundo en la caída de Adán. Así como el veneno de una serpiente, si entró en el cuerpo de un hombre, fluye por sus venas y produce sus efectos desastrosos, así el pecado —el virus de la serpiente antigua, del diablo— ha impregnado el ser moral del hombre para su ruina. El resultado es que “todos pecaron”. Todos han cometido “pecados” en pensamiento, palabra o acción, ya sean acciones cumplidas o deberes no cumplidos, y son culpables de ellos ante Dios.

“El pecado” es la raíz del mal, “los pecados” son los malos frutos que resultan de ella.

Habiendo establecido esto, vayamos más allá y preguntémos: ¿Qué es exactamente este “pecado” que entró en el mundo? 1 Juan 3:4 responde a la pregunta. “Todo aquel que comete pecado, infringe también la ley”, o “practica iniquidad” (versión francesa J.N.D.), es decir que se caracteriza por una marcha sin ley y desenfrenada.

Hay una gran diferencia entre la transgresión y la iniquidad. La transgresión es la violación de un mandamiento claro. No puede haber transgresión donde no hay ley para transgredir. No hubo ley en el

mundo desde Adán hasta los días de Moisés; por lo tanto, no hubo transgresión y “no se inculpa de pecado” (Romanos 4:15; 5:13-14). Sin embargo, el pecado estaba presente en todo su horror; y la muerte, su paga, estaba presente.

¿Qué es entonces la iniquidad? Es el rechazo de toda regla, el rechazo de toda restricción divina. Es la afirmación de la voluntad del hombre que desafía la voluntad de Dios. El pecado es exactamente eso.

En lugar de tener dominio propio, el hombre es dominado por la cosa maligna a la que se ha entregado. **El pecado** domina sobre él y se manifiesta constantemente a través de **pecados**. Y por desgracia, el pecado ejerce una influencia tan entorpecedora en la conciencia que los pecadores parecen no ser conscientes de su miseria, si la gracia de Dios no interviene en sus corazones.

Cuando la gracia de Dios opera en el alma de un hombre y el Espíritu trabaja con poder vivificante, su primer clamor es el de una necesidad y sufrimiento. Los años pasados aparecen ante él, y las muchas faltas cometidas cargan su conciencia. **Sus pecados** se convierten en el problema del momento, y su problema no cesa hasta que conoce el valor de la sangre preciosa de Cristo y puede decir: Mis pecados me son perdonados.

Más tarde —y esta es ciertamente la experiencia de la mayoría de los creyentes— aparece la cuestión **del pecado**. Descubrimos que, aunque nuestros pecados son perdonados, la raíz de donde surge este mal está todavía dentro de nosotros. ¿Qué hay que hacer al respecto? Esta es una gran pregunta.

Ya es algo bueno si discernimos que **el pecado** es la raíz de nuestras dificultades. Pero algunos cristianos parecen estar demasiado ocupados por los frutos para ocuparse de la raíz.

Hace unos años, un joven creyente se acercó a un cristiano de edad y le dijo que a pesar de todas sus oraciones y esfuerzos, los pecados seguían entrando en su vida. Pecados y más pecados... ¡una gran carga para él!

— ¿En qué árbol crecen las manzanas? recibió como respuesta.

— En el manzano, respondió asombrado. La pregunta le pareció ridícula e irrelevante.

— ¿Y en qué árbol crecen las ciruelas?

— En el ciruelo. El asombro del joven creció.

— ¿Y qué árbol produce los pecados? fue la siguiente pregunta.

Después de un silencio, con una sonrisa, el joven arriesgó la respuesta:

— Quizás en un árbol de pecado.



— ¡Si, es exactamente eso!

Considere bien esto. **Los pecados** que nosotros los cristianos debemos deplorar y confesar no son pequeños elementos del mal, extraños a nosotros mismos que fueron introducidos disimuladamente en nuestra vida por el diablo. Su causa es mucho más profunda. Surgen como fruto de lo que está en nosotros. Y **el pecado** está en nosotros. ¡Que nadie diga lo contrario! La Escritura dice: “Si decimos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos, y la verdad no está en nosotros” (1 Juan 1:8).

Y entonces, ¿cuál es el remedio para el pecado? La respuesta está en una palabra: la muerte.

La muerte, o mejor todavía, la transformación que se producirá en nosotros cuando recibamos cuerpos de resurrección, aquellos que vivamos y que habremos quedado hasta la venida del Señor Jesús. Eso será el fin del pecado en lo que nos concierne, de manera absoluta y definitiva. La más pequeña traza de su presencia en nosotros desaparecerá. Cada cristiano goza por adelantado de esto. Pero, ¿miramos todos con gozo hacia atrás, hacia esa hora en la cual la muerte, el gran remedio, vino: la muerte de Jesús?

“Porque en cuanto murió, al pecado murió una vez por todas; mas en cuanto vive, para Dios vive” (Romanos 6:10).

Retengamos bien esto. Cristo murió “por” nuestros pecados expiándonos, pagando nuestra deuda. Además “al” pecado murió, y enseñados por el Espíritu, sabemos que somos plantados juntamente con Aquel que ha sido nuestro representante en la cruz. Nuestra fe se apropia de su muerte como siendo la nuestra. También nosotros “hemos muerto al pecado” (v. 2). Así, no podemos seguir viviendo en el pecado. “Los que hemos muerto al pecado, ¿cómo viviremos aún en él?” Nos consideramos pues “muertos al pecado, pero vivos para Dios en Cristo Jesús” (v. 11).

Entre Cristo y nosotros hay esta diferencia: el pecado al cual murió, fue una cosa totalmente externa para él. Pues “no hay pecado en él” (1 Juan 3:5). En nosotros no sólo es algo externo, sino también interno. El pecado es el principio dominante del mundo a nuestro alrededor. Y desgraciadamente, es también el principio dominante de nuestra carne en nuestro interior.

Pero hay más que esto. La muerte de Cristo no ha sido solo nuestra muerte al pecado, sino la condenación absoluta del pecado. El apóstol Pablo escribe: “Dios, enviando a su Hijo en semejanza de carne de pecado y a causa del pecado, condenó al pecado en la carne” (Romanos 8:3). En la cruz, “el pecado” ha sido manifestado en todo

su horror. La iniquidad del hombre alcanzó su colmo. Y en el sacrificio de Cristo, el juicio ha sido llevado. Su condenación ha sido expresada formalmente.

Tomemos nota cuidadosamente de estas distinciones. **Los pecados** han sido llevados por Cristo y su juicio ha sido ejecutado sobre él. **El pecado** ha sido en la luz y condenado. En relación con el pecado, hemos muerto en la muerte de Cristo. La cruz fue todo esto y mucho más. ¡Cuán celestes maravillas la caracterizan! Es única e imposible de comprender en su plenitud.

## **Algunas preguntas sobre el tema**

***Pregunta 1:** En Juan 1:29 se habla del “pecado del mundo” y en Romanos 8:3 del “pecado en la carne”. ¿Hay una diferencia entre estos dos? ¿Debemos diferenciarlos de los pecados de un individuo?*

La expresión “el pecado del mundo” en Juan 1 es general. El pecado, su raíz y todo lo que resulta, hasta la más pequeña manifestación en el mundo, debe ser quitada por el Cordero de Dios. Su cruz es la base, y él mismo lo hará, como lo anuncia Apocalipsis 19 a 21.

El “pecado en la carne” es algo un poco diferente. El pecado es por

supuesto de la misma esencia en donde se encuentre en el universo de Dios, en los demonios o en los hombres. Pero en lo que concierne este mundo, “la carne” (es decir la naturaleza caída de los hijos de Adán) es el vehículo en el cual el pecado reside y opera, produciendo pecados en los individuos en todo lugar.

***Pregunta 2:** Habitualmente hablamos del perdón de los pecados. ¿No podríamos hablar igualmente del perdón del pecado?*

¡No! La Escritura no habla así. El perdón de los pecados se encuentra en toda la Biblia, como también el perdón de un pecado. Pero no encontramos jamás el perdón del pecado, de lo que es la raíz de los pecados cometidos.

Una ilustración puede ayudarnos a comprenderlo. Un niño que cansaba seriamente a su mamá por su indisciplina creciente, un día, irritado, pues su hermana se interesaba más en su muñeca que en un hermoso auto estacionado delante de la casa, intenta hacerla mirar por la ventana, empujándole la cabeza contra el vidrio... que se rompe. La cara de la niña tiene serias heridas por las astillas de vidrio y el niño es castigado como lo merece. Al anochecer, el castigo ha tenido el efecto deseado. El niño, en lágrimas, confiesa

a sus padres su falta, arrepentido realmente. Viéndolo arrepentido, le perdonan su mala acción. Pero ¿le perdonan su mal carácter que lo impulsó a esa mala acción? Imposible. Sería de alguna manera excusarlo. No pueden sino condenarlo fuertemente. Con amor y firmeza, le muestran cuál es su naturaleza y lo que ella produce. Se esfuerzan para llevarlo a detestar y condenar ese carácter colérico tanto como ellos lo hacen.

“Dios... condenó el pecado en la carne”. No lo excusó ni lo perdonó. Y el Espíritu Santo trabaja en nosotros para llevarnos a condenarlo como Dios lo ha condenado. Es así que podemos conocer la liberación del poder del pecado.

**Pregunta 3:** *¿Cómo conciliar la condenación del pecado en la carne con el hecho de que los creyentes puedan pecar e incluso que lo hagan?*

Ninguna conciliación es necesaria. Condenar al pecado no es eliminarlo. La Biblia, que habla de la condena del pecado (Romanos 8:3) habla igualmente del pecado que tenemos en nosotros (1 Juan 1:8). Supone que el creyente puede pecar, y muestra el recurso divino en tal caso (2:1). Nos dice claramente que de hecho pecamos todos: “Todos ofendemos muchas veces” (Santiago 3:2).

Dios ha dejado la carne y el pecado en el creyente, para que, aprendiendo a conocer, por experiencia, su verdadera naturaleza, pueda efectivamente estar de acuerdo con Dios en la condena que tuvo lugar en la cruz. Puede así encontrar su vida y liberación en otro que no sea él mismo. Y en respuesta al clamor “¿Quién me librará...?”, puede decir: “Gracias doy a Dios por Jesucristo Señor nuestro” (Romanos 7:24-25).

**Pregunta 4:** *¿El pecado no es completamente quitado del creyente? 1 Juan 3:9 nos dice: “Todo aquel que es nacido de Dios, no practica el pecado”.*

A su muerte, cuando el creyente está “ausente del cuerpo, y presente al Señor” (2 Corintios 5:8), acabó para siempre con el pecado. En la venida del Señor, todos los creyentes recibirán un cuerpo glorificado, sin el menor rastro del pecado. Hasta ese momento, el pecado está presente en nosotros, a pesar de que sea nuestro privilegio ser librados de su poder.

El versículo de 1 Juan citado antes no está en contradicción con los otros pasajes que hemos considerado. Establece simplemente cuál es la naturaleza de aquel que es nacido de Dios. No practica el pecado. La palabra utilizada aquí es “practicar” en vez de

«cometer». No está en la naturaleza del creyente pecar. Diciendo esto, el apóstol ve a los creyentes en su nueva naturaleza, como nacidos de Dios, sin preocuparse de características particulares que pueden manifestarse en las circunstancias de la vida.

Imaginemos un hombre caminando con un amigo en la playa de un pueblo de pescadores. Señalando una gran red con sus flotadores de corcho, dice a su compañero: Qué bueno para los pescadores tener un material como el corcho, que no puede hundirse. El otro le responde: Sí puede hundirse. Hace una hora he visto los pescadores subir esta misma red del fondo del mar; las pesas atadas a la red eran demasiado pesadas y la hundieron al fondo.

¿Quién tiene razón? Los dos, pero cada uno tiene un punto de vista diferente. El primero piensa en la propiedad del corcho de forma abstracta; el segundo, al hecho excepcional que se produjo concretamente.

El apóstol Juan expone las cosas de un punto de vista abstracto, y el pecado en un creyente no es ciertamente una cosa normal. Es algo completamente anormal.

**Pregunta 5:** *Los creyentes pecan muy a menudo. Esos pecados ¿alteran la regla que Dios ha hecho del pecado y de los pecados, y*

*de la cual el creyente recibe la certeza al inicio de su vida cristiana?*

No. La cruz de Cristo es el fundamento sólido sobre el cual se basa la salvación del creyente. Ahí, el pecado fue condenado. Ahí, la propiciación fue hecha, para que el perdón nos sea adquirido cuando creemos. Todo es don de la gracia divina “porque irrevocables son los dones y el llamamiento de Dios” (Romanos 11:29), lo que significa que no pueden sufrir un cambio de pensamiento de parte de Dios. Son para siempre.

A pesar de ello, los pecados cometidos luego de la conversión perturban mucho la felicidad del creyente; le quitan el gozo del perdón y de la relación con Dios, hasta que son confesados en el juicio de sí mismo. Gracias al servicio de abogado de Cristo, tenemos el perdón del Padre (1 Juan 1:9; 2:1). A causa de nuestras faltas todos tenemos penosas lecciones que aprender, pero nos son de provecho. Descubrimos de esta manera la verdadera naturaleza de la carne en nosotros. Y aprendemos también que el único medio para evitar responder a los deseos de la carne es “andar en el Espíritu” (Gálatas 5:16).

**Pregunta 6:** *El Señor Jesús ¿llevó los pecados de todos al morir en la cruz? ¿No sería la consecuencia lógica del hecho de que él*

*quita el pecado del mundo, según Juan 1:29?*

La Escritura presenta las cosas de esta manera:

“Cristo... murió por todos” (2 Corintios 5:14).

“Jesucristo... se dio a sí mismo en rescate por todos” (1 Timoteo 2:5-6).

“Él es la propiciación por nuestros pecados; y no solamente por los nuestros, sino también por los de todo el mundo” (1 Juan 2:2).

Estos versículos nos muestran el lado de Dios. La obra de Cristo incluye todo en la gran esfera de la intención de la gracia divina. La propiciación no fue hecha solo para los creyentes, sino para todo el mundo.

Cuando consideramos, no solo la intención o el alcance de su obra, sino sus resultados efectivos, las cosas son presentadas de forma diferente. En su alcance más ancho posible y en términos generales, Juan 1:29 se aplica efectivamente, pero no anula el hecho de que el pecado y todos los que le son identificados encontrarán su parte en el lago de fuego.

Si queremos expresarnos de manera precisa, no podríamos decir que Cristo llevó los pecados de todos, pues la Escritura dice: “Quien llevó él mismo nuestros pecados —es decir los de los creyentes— en su cuerpo sobre el madero” (1 Pedro 2:24).

Sí, “Cristo fue ofrecido una sola vez para llevar los pecados de muchos” (Hebreos 9:28). ¡Gracias a Dios que nosotros nos hallamos entre estos!

F.B. Hole

## El rebaño del Señor

---

*“Yo apacentaré mis ovejas, y yo les daré aprisco, dice... el Señor. Yo buscaré la perdida, y haré volver al redil la descarriada, vendaré la perniquebrada, y fortaleceré la débil” (Ezequiel 34:15-16).*

*“Mis ovejas oyen mi voz, y yo las conozco, y me siguen, y yo les doy vida eterna” (Juan 10:27-28).*

Un inmenso rebaño de ovejas atravesaba el valle delante de nosotros. El pastor caminaba tranquilamente, pero su perro, bien adiestrado, pasaba de un lado a otro para reunir las descarriadas. Nos fascinaban sus intervenciones perseverantes y valientes.

Entonces mi padre, que aprovechaba tales oportunidades para enseñarnos, me preguntó:

— Enrique, si debieras constituir un pequeño rebaño, ¿cómo elegirías las ovejas?

— Eliminaría las débiles y las que tienen tendencia a extraviarse, finalmente, prestaría atención a la calidad de su lana.

— Ciertamente obtendrías un buen rebaño. Pero, ¿sabes cómo hace el Señor Jesús para formar su rebaño, es decir, la Iglesia? Llama a todos los hombres, particularmente a los débiles, a los que están cargados, cansados, a los heridos por la vida, a los pobres y menospreciados. Luego, carga con los que confían en él y le obedecen. Los ama tal como son y les comunica su propia vida.

Así, la Iglesia del Señor está compuesta por los que reconocieron su culpabilidad ante Dios y creyeron en Jesucristo. Entonces reciben un título de nobleza divina, el de ser hijos de Dios. Están unidos por un mismo Espíritu para la eternidad y forman la “Esposa del Cordero” (Apocalipsis 21:9).

La Buena Semilla

## No desmayar

---

En el Nuevo Testamento, varios pasajes nos exhortan a no desmayar. Uno puede desmayarse, es decir, desanimarse, relajarse, dejar de

hacer las cosas con entusiasmo, en diversas actividades que un día se han cumplido con celo.

Dios nos llama a seguir nuestro camino con la energía de la fe. Sin embargo, puede suceder que seamos como Elías debajo del enebro (1 Reyes 19:4). El futuro parece sombrío. No tenemos valor. Las fuerzas están disminuyendo. Desmayamos y abandonamos.

Tal estado puede ser transitorio, causado por circunstancias externas. Pero también puede establecerse y volverse durable. Más de un cristiano comenzó bien, luego la energía espiritual disminuyó y comenzó un estado de cansancio. Si este es nuestro caso, ¡que Dios nos despierte y reviva nuestro valor!

Deseamos considerar los pasajes del Nuevo Testamento que nos instan a no desmayar o cansarnos, en los que la misma palabra griega característica aparece en el texto original.

### 1) No desmayar en la oración

“También les refirió Jesús una parábola sobre la necesidad de orar siempre, y no desmayar” (Lucas 18:1).

El Señor Jesús ha enfatizado repetidamente la importancia de la oración. Aquí lo hace mediante una parábola, para animar a sus discípulos a orar siempre,

sin desmayar. “Siempre” no significa que no debemos hacer otra cosa que orar. Evidentemente, no sería posible. Esto significa que tenemos que vivir continuamente en una actitud de dependencia de Dios y que debemos acudir a nuestro Dios con cualquier problema que podamos encontrar. La parábola que aquí presenta el Señor, la de la mujer que continuamente molestaba a un juez injusto, muestra claramente su intención: exhorta a perseverar en la oración y no desmayar si la respuesta divina no llega de inmediato.

Encontramos enseñanzas similares en otros pasajes del Nuevo Testamento. Como hombre perfectamente dependiente, el Señor Jesús pasó la noche orando a Dios (Lucas 6:12). Los discípulos “perseveraban unánimes en oración” (Hechos 1:14; véase 6:4). Se insta a los creyentes en Roma a ser constantes en la oración (Romanos 12:12), y Pablo escribe a los de Colosas: “Perseverad en la oración, velando en ella con acción de gracias” (Colosenses 4:2).

A través de la oración tenemos la oportunidad de hablar con nuestro Dios en el cielo. Lo hacemos personalmente, en familia y como iglesia. Existe un gran peligro de relajarse, de desmayar, en uno u otro de estos entornos, o incluso en todos. Quizás hemos abandonado gradualmente el buen hábito de

comenzar y terminar nuestros días con la oración. O asistir a las reuniones de oración de la iglesia local se ha convertido en un deber doloroso para nosotros, y es posible que ni siquiera vayamos. También es posible que, cuando se trata de un tema específico por el que hemos orado mucho, nos fatiguemos porque nada cambia.

De cualquier manera, recibamos el estímulo del Señor para no desmayar en la oración y comenzar de nuevo. “La oración eficaz del justo puede mucho” (Santiago 5:16).

## 2) No desmayar en el servicio

“Por lo cual, teniendo nosotros este ministerio según la misericordia que hemos recibido, no desmayamos” (2 Corintios 4:1).

El apóstol Pablo había recibido del Señor un ministerio muy específico y único. Era un ministro del Evangelio y un ministro de la Iglesia (véase Colosenses 1:23, 25). En 2 Corintios 3, se presenta a sí mismo como ministro competente de un nuevo pacto (v. 6). Él llama a este ministerio, el del Espíritu y el de justificación (v. 8-9). El primer versículo del capítulo 4, citado anteriormente, se refiere a esto y muestra un aspecto particular de su ministerio. Habiéndolo recibido por la misericordia de Dios, Pablo no quería

relajarse ni desmayar, y de hecho no lo hizo.

Ninguno de nosotros querrá compararse con Pablo. Y sin embargo, sin duda deseamos servir a Dios por el Espíritu y estar a su disposición donde quiera utilizarnos. Cada uno de nosotros ha recibido un don (1 Pedro 4:10; Efesios 4:7). Y al don está ligada la responsabilidad de cumplir fielmente el servicio encomendado y no desmayar.

Sucede, ¡ay! que un creyente abandone completamente su servicio al Señor. Tenemos un ejemplo en la persona de Juan, el que tenía por sobrenombre Marcos. Había ido con Pablo y Bernabé para ayudarlos en su misión (Hechos 13:5). Pero muy pronto se apartó de ellos y volvió a Jerusalén. Sin conocer las razones precisas de su abandono, podemos decir que este siervo desmayó.

También es posible que un servicio dependa de nosotros y que ya no queramos prestarlo. Puede que estemos buscando algo más sencillo o que nos dé más tiempo libre. Recordemos la exhortación dada a Arquipo: “Mira que cumplas el ministerio que recibiste en el Señor” (Colosenses 4:17). También se animó a Timoteo a perseverar en el servicio recibido: “Cumple tu ministerio” (2 Timoteo 4:5).

### 3) No desmayar en circunstancias difíciles

“Por tanto, no desmayamos; antes aunque este nuestro hombre exterior se va desgastando, el interior no obstante se renueva de día en día. Porque esta leve tribulación momentánea produce en nosotros un cada vez más excelente y eterno peso de gloria” (2 Corintios 4:16-17).

Pablo estaba en circunstancias muy difíciles, como escribe en los versículos anteriores: tribulación, situaciones sin salida, persecución. En el versículo 10 dice: “Llevando en el cuerpo siempre por todas partes la muerte de Jesús”.

El cuerpo humano se caracteriza por la debilidad. Se le llama “el cuerpo de la humillación nuestra” (Filipenses 3:21). En el creyente, declina de la misma manera que en el incrédulo. Es “vaso de barro” (2 Corintios 4:7) que, durante la vida del cristiano, pasa por diversas y difíciles circunstancias.

Si solo tuviéramos esto frente a nuestros ojos, fácilmente podríamos desanimarnos y desmayar. Muchos creyentes experimentan que su ser exterior está declinando visiblemente. Aunque hoy sabemos poco sobre la persecución y la tribulación, todos experimentamos que el camino cristiano conduce a la gloria a través del sufrimiento.



Más de un creyente ha consumido sus fuerzas en el servicio al Señor. Muchos de nosotros estamos familiarizados con la enfermedad y todos los días experimentamos que el hombre exterior se va desgastando. Pero sea como sea, no tenemos que desmayar.

Pablo hace contrastar el hombre interior y el hombre exterior. El alma del creyente se renueva de día en día por la comunión con el Señor glorificado. Además, el apóstol nos asegura que la tribulación, comparada con la gloria venidera, es **leve y momentánea**. Eso nos anima a no desmayar, incluso en las dificultades.

¿Hacia donde estamos mirando? Si se dirigen nuestros ojos a las circunstancias, fácilmente nos desanimamos; si se dirigen al Señor en el cielo, no desmayamos.

#### 4) No desmayar a causa de las aflicciones ajenas

“Por lo cual pido que no desmayéis a causa de mis tribulaciones por vosotros, las cuales son vuestra gloria” (Efesios 3:13).

También se puede desmayar debido a las circunstancias difíciles de otras personas. Pablo estaba prisionero en Roma. Desde esta prisión, escribió a los efesios: “Por esta causa yo Pablo, prisionero de Cristo Jesús por vosotros los gentiles...” (3:1). No fue

encarcelado por culpa, sino porque había llevado el Evangelio a las naciones no judías. Podría ser que los efesios, que eran en su mayor parte de estas naciones, desmayaran debido a las difíciles circunstancias de Pablo y se relajan en la energía de su fe. El apóstol advierte de este peligro.

Aunque nuestra situación es diferente de la que encontramos aquí, podemos aprender de ella. Pablo era un instrumento extraordinario en la mano del Señor y su ministerio activo había cesado. Algo similar también puede suceder hoy. Hay hermanos y hermanas que ocupan un lugar especial en el pueblo de Dios y que tienen un carácter ejemplar. Este puede ser un caso a nivel local o más amplio. Cuando estas personas cesan súbitamente el ministerio activo, ya sea por enfermedad, muerte u otras circunstancias, existe el peligro de que otros desmayen y se desanimen.

Pero tenemos recursos en “nuestro Señor, en quien tenemos seguridad y acceso con confianza por medio de la fe en él” (Efesios 3:11-12). Se trata que nosotros, como en 2 Corintios 4, no miremos a las circunstancias ni a las personas, sino al Señor Jesús. Esto es lo que evita que desmayemos.

## 5) No cansarse de hacer bien

“No nos cansemos, pues, de hacer bien; porque a su tiempo segaremos, si no desmayamos” (Gálatas 6:9).

El apóstol Pablo tomó en serio a los gálatas. Al final de la epístola, les muestra el vínculo obligatorio entre la siembra y la cosecha, y hace una aplicación espiritual de ello. “El que siembra para su carne, de la carne segará corrupción; mas el que siembra para el Espíritu, del Espíritu segará vida eterna” (v. 8).

La cosecha siempre sigue a la siembra, pero se retrasa más o menos en el tiempo. Podemos sembrar el bien, pero no vemos resultados. Esto podría hacer que desmayemos y nos cansemos. Pero Pablo nos recuerda que la cosecha llega “a su tiempo”, en el tiempo fijado por Dios. Cuándo llegará ese momento, no lo sabemos. La cosecha vendrá a más tardar cuando comparezcamos ante el tribunal de Cristo. Algún día Dios recompensará todo lo que se ha hecho para el bien. Esto debe animarnos.

Encontramos una exhortación similar en otra parte.

“Y vosotros, hermanos, no os canséis de hacer bien” (2 Tesalonicenses 3:13).

Aquí Pablo acaba de poner en guardia relativamente a aquellos que no quieren trabajar y se

entremeten en lo ajeno. En contraste con tales comportamientos, Pablo insta a los creyentes a no cansarse de hacer bien. Entonces, no basta evitar lo que no debemos hacer. También tenemos que saber qué hacer. Y esto se llama aquí “bien”.

Debemos entender la exhortación a “hacer bien” en un sentido muy general. No se trata especialmente de limosnas u obras de caridad, sino de hacer lo que estamos convencidos ante Dios de que debe hacerse.

En Santiago 4:17, se dice: “Al que sabe hacer lo bueno, y no lo hace, le es pecado”. Es una declaración que va muy lejos en significado y nos hace pensar.

Hacer bien es por nuestra parte, la respuesta a lo que Dios ha hecho por nosotros. Ningún hombre puede hacer bien para conseguir un lugar en el cielo. Pero aquellos a quienes el Señor les abrió el cielo con su obra en la cruz, ahora no deben cansarse de hacer bien. Hay abundantes oportunidades para realizar esto todos los días. Así que no nos cansemos.

E.A. Bremicker

---

Como el pecado entró en el mundo por un hombre, y por el pecado la muerte, así la muerte pasó a todos los hombres, por cuanto todos pecaron.

Romanos 5:12

---

Salgamos, pues, a Él, fuera del campamento, llevando su vituperio.

Hebreos 13:13

---

Mis ovejas oyen mi voz, y yo las conozco, y me siguen, y yo les doy vida eterna; y no perecerán jamás, ni nadie las arrebatará de mi mano.

Juan 10:27-28

---

No desmayamos; antes aunque este nuestro hombre exterior se va desgastando, el interior no obstante se renueva de día en día.

2 Corintios 4:16

---

## Novedades

- Visite nuestra nueva página internet [www.creced.ch](http://www.creced.ch)
- Desde 2021 también es posible recibir la revista Creced por **correo electrónico**. Regístrese en internet [www.creced.ch](http://www.creced.ch) (seleccionando «Contáctese») o escribiéndonos a [revista@creced.ch](mailto:revista@creced.ch).

---

## Publicación de edificación cristiana Creced

---

Se suele utilizar en las citas bíblicas la versión Valera 1960 o la versión Moderna (V.M.). Estas citas se encuentran entre “ ”.

**Suscripción:** La revista se envía a todo aquel que la solicite. Se sostiene con las oraciones, suscripciones y ofrendas de creyentes.

En caso de **cambio de dirección**, le rogamos que nos avise lo más pronto posible, comunicándonos tanto la nueva como la antigua en caracteres claros y legibles.

**Contacto:** Para cualquier información referente a Creced, o para solicitar la suscripción, debe dirigirse a la dirección siguiente: Creced, 46, route de Suisse, 1290 Versoix-Genève (Suiza), por medio del sitio [www.creced.ch](http://www.creced.ch), o a través de la dirección de correo electrónico: [revista@creced.ch](mailto:revista@creced.ch).

Están a la venta los dieciocho **volúmenes** encuadernados de la revista Creced, correspondientes a los años 1984-85, 1986-87, 1988-89, 1990-91, 1992-93, 1994-95, 1996-97, 1998-99, 2000-01, 2002-03, 2004-05, 2006-07, 2008-09, 2010-11, 2012-13, 2014-15, 2016-17 y 2018-19. Cada uno consta de 336 páginas. Indique claramente los años que desea recibir.

**Precio** (1 volumen): 9 \$ EE. UU. 8 EUR 9 CHF

Se aplicará un descuento de 15 % a quienes soliciten 5 volúmenes, de 20 % a partir de 10 volúmenes y de 25 % por la serie completa. Las librerías ya establecidas gozan de un mayor descuento.

Ofrecemos gratis el índice de los 20 primeros años de la revista Creced (1984-2003) a quienes compren los libros encuadernados o posean los fascículos de esos años.

**Medios de pago:** América latina: se ruega incluir el pago junto a su pedido, y que este sea solo por medio de billetes en \$ de EE.UU. Europa: podrán abonar mediante giro postal internacional, con billetes en su moneda nacional.

– PayPal: Tendrá que introducir la dirección de e-mail: [revista@creced.ch](mailto:revista@creced.ch).

– Western Unión: a nombre de Jacques Perron, 46 route de Suisse, 1290 Versoix (Suiza).

En cualquiera de estos casos, es **importante** que nos avise lo antes posible a: [revista@creced.ch](mailto:revista@creced.ch), indicándonos sus nombres y apellidos, la suma que manda, la fecha del pago y el número del giro de Western Unión.

Comité de redacción: J. Perron (responsable), J.-P. Cuendet, J.-C. Moinat, O. Perron

---

**Sitio web:** <http://www.creced.ch>

**E-mail:** [revista@creced.ch](mailto:revista@creced.ch)

---